

LECTURAS



JAMES S. AMELANG,
El vuelo de Ícaro. La autobiografía popular en la Europa Moderna,
Madrid: Siglo XXI, 2003.

por
VANESSA DE CRUZ
Universidad Carlos III de Madrid

«EMPRESA MUI GRANDE, Ó
LOCO ATREVIMIENTO...»

De esta forma, de tarea demasiado alta o arrojado intento califica el anónimo traductor del diario de Miquel Parets —en un párrafo que no aparece en el manuscrito original del autor— el que este zurrador de pieles cogiese la pluma para relatar los acontecimientos que sucedieron en Barcelona —en concreto la entrada de la reina Mariana de Austria— y escribir su vida, en el siglo XVII. Es este mismo anónimo traductor quien establece el símil entre el artesano y el mítico Ícaro, el cual da título a esta obra de James S. Amelang, publicada originalmente en inglés en 1999¹ y traducida al castellano por Paloma Gil Quindós; estudio que amplía la escasa bibliografía que en nuestro país existe sobre este poco tratado asunto de la escritura popular durante los siglos modernos.

James S. Amelang, profesor en la Universidad Autónoma de Madrid, ha traba-

jado desde los años 90, entre otros temas, con las escrituras personales de origen popular desde la perspectiva de la historia social y cultural, más concretamente, desde que editó una parte del diario de Parets, aquella en la que se describe la peste de 1651². Desde entonces sus intereses se centraron en contestar una difícil pregunta: «¿Por qué —me pregunté— decidiría un humilde zurrador dejar constancia del rumbo de su propia vida, de la vida de su familia y la de su ciudad?» (p. 2). Es en la obra que aquí reseñamos donde lanza sus respuestas, frutos de un meticuloso estudio.

Pero a lo largo de las páginas de esta magnífica monografía el autor no únicamente analiza este diario barcelonés, sino que lo introduce en un gran repertorio de escritos de artesanos y campesinos de la Europa Moderna (italianos, franceses, ingleses, alemanes...) de los que nos muestra una relación, resumida frente a la que se presenta en la edición inglesa, en forma de apéndice (pp.257-282). Sin duda, una de las mayores virtudes de esta investigación es este amplísimo número de escritos que componen el género autobiográfico de la Edad Moderna: diarios,

¹ James S. Amelang, *The Flight of Icarus. Autobiography in Early Modern Europe*, Cambridge; Stanford: U.P., 1999.

² *Dietari d'un any de pesta: Barcelona, 1651*, eds. J. S. Amelang y X. Torres, Vic: EUMO, 1989.

memorias, libros de familia, autobiografías (espirituales o no), crónicas... y el enorme esfuerzo de integrarlos en un «corpus» a pesar de su diversidad de formas y contenidos.

El estudio parte de una concepción de la escritura autobiográfica popular «como una práctica o proceso que aúna la decisión de escribir, la reflexión sobre la escritura y la afirmación del escritor como tal» (p. 7) y, por ello, se estructura en diversos capítulos en los que se reflexiona sobre los propósitos personales de cada individuo para coger la pluma, la figura del autor y el público al que se destinaron estas obras, el estilo y experiencia de escritura, la inclusión en los textos de asuntos públicos alejados del yo personal y, por supuesto, la práctica de escribir.

Aprendices, tenderos, ganaderos, panaderos, costureras, lavanderas, criadas, comadronas... se acercaron a la escritura en primera persona, a pesar de la trasgresión que suponía este acto. Los motivos de este acercamiento fueron, evidentemente, muy diferentes: describir didácticamente su profesión, preservar la memoria familiar, aconsejar, por mandato de un confesor, por puro placer... y se reflejan en la diversa tipología de escritos autobiográficos, como muy bien se explicita en el

quinto capítulo. Pero lo que une a todos estos escritores —como magistralmente señala Amelang— es su condición de «autor», desarrollando a través de la expresión de su propia experiencia un papel activo en su relación con los textos pasando de receptores de textos a creadores marginales para lectores de su misma condición social.

En la obra, en suma, James S. Amelang recoge multitud de testimonios escritos de vidas populares —en libros de contabilidad, cuadernillos, márgenes y cubiertas de libros...— desde un análisis histórico y filológico para mostrarnos las características de este género y sus prácticas en la época de su nacimiento popular, la Europa de la Edad Moderna. Por tanto, al igual que ese anónimo traductor de Parets, podríamos utilizar la cita «empresa muy grande, ò loco atrevimiento...» para calificar este trabajo, pero en esta ocasión para alabar al autor por el valor mostrado al enfrentarse ante este difícil tema de investigación e, igualmente, la obra, puesto que se erige fundamental para todos aquellas investigaciones que pretendan ahondar en las múltiples relaciones que escritura y clases populares han mantenido a lo largo de la historia.

LARISSA BONFANTE, JOHN CHADWICK, B.F. COOK,
W.V. DAVIES, JOHN F. HEALEY, J.T. HOOKER Y C.B.F. WALKER,
Leyendo el pasado. Antiguas escrituras del cuneiforme al alfabeto,
Madrid: Akal, 2003.

por

LUZ NEIRA JIMÉNEZ
Universidad Carlos III de Madrid

UN RECORRIDO POR LAS
ESCRITURAS TESTIMONIO
DE LOS ORÍGENES DE LA
CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL

La reciente publicación de esta obra incorpora a la bibliografía en español el estudio de varios especialistas en sistemas de escritura del Mundo Antiguo, que bajo el título original *Reading The Past. Ancient Writing from Cuneiform to the Alphabet* fue publicado en Londres en 1990, ofreciendo un interesante estado de la cuestión acerca de los más antiguas escrituras enraizadas con la civilización occidental.

El libro cuenta con una breve introducción de J.T. Hooker, profesor emérito de Clásicas en la Universidad de Londres, y se divide en seis partes completamente independientes, en las que se aborda el cuneiforme por C.B.F. Walker (pp. 16-81), conservador del Departamento de Antigüedades del Museo Británico, el jeroglífico egipcio por W.V. Davies (pp. 84-157), también conservador del Museo Británico, el Lineal B y otras escrituras afines por John Chadwick (pp. 160-219), artífice junto a Ventris de su desciframiento y con posterioridad profesor emérito en la Universidad de Cambridge, el alfabeto primitivo por Healey (pp. 222-281), profesor de Semánticas en la Universidad de Manchester, las Inscripciones griegas por

B.F. Cook (pp. 284-351), conservador del Museo Británico, y el Etrusco, por Larissa Bonfante (pp. 354-421), profesora de Clásicas en la Universidad de Nueva York.

Cada una de estas contribuciones responde a su vez a la estructura de un libro, dividido en varios capítulos, a través de los cuales y mediante la inclusión de detallados índices se percibe el objetivo de promover el acceso a su lectura, favoreciendo la difusión no sólo entre los especialistas de la Antigüedad y la Cultura Escrita sino también entre los estudiantes universitarios y lectores interesados por el pasado y sus manifestaciones escritas más antiguas.

En este sentido, sirva a modo de ejemplo la estructuración de Walker en su trabajo sobre el cuneiforme, que en siete puntos aborda aspectos como el origen y desarrollo, las principales tablillas y monumentos, los escribas y las bibliotecas, la expansión geográfica, el desciframiento, algunos ejemplos de textos y falsificaciones, además de consignar en otros dos apartados un valioso índice de las principales colecciones de inscripciones cuneiformes y una bibliografía, que presenta el mérito de ser una auténtica selección.

A este respecto, el tratamiento de algunos de estos puntos figura igualmente en otros trabajos. Es el caso de los temas dedicados al origen, el desarrollo, la evolución o el desciframiento y el propósito, conseguido con creces, de ofrecer una bibliografía cuidadosamente seleccionada,

siendo de destacar de nuevo la referencia a la ubicación de las inscripciones en el estudio del Lineal B.

En la misma línea, y con el fin de conjugar rigor científico y una exposición precisa y clara, se ha cuidado en extremo la reproducción de mapas, ilustraciones, figuras y ejemplos, que en el estudio dedicado al jeroglífico incluye una pequeña gramática básica, mientras en la parte destinada al etrusco se ofrece, además de la reproducción de numerosas inscripciones, dos interesantes y significativos glosarios.

Podría desprenderse, no obstante, a juzgar por lo hasta aquí expuesto, que estamos ante una obra que en virtud precisamente de su estructura pudiera ser considerada como la suma de varios trabajos debidos a la autoría de consagrados especialistas, pero carente del auténtico hilo conductor que caracteriza a las verdaderas obras colectivas.

Nada más lejos de tal aseveración, ya que al iniciar la lectura, con la introduc-

ción de Hooker, y al profundizar en los sucesivos trabajos el lector va apreciando que, tras aquella estructura bien delimitada y aparentemente independiente, se va poniendo de manifiesto el tronco central que sustenta la obra en el sentido más amplio del término. Y de este modo, las referencias a la historiografía de los antiguos sistemas de escritura, la evolución de su concepción, distintas reflexiones acerca de los desciframientos y el decisivo estudio del contexto, así como las diversas consideraciones sobre el papel de algunas de estas escrituras como fuentes contemporáneas de los hechos a evaluar en virtud del emisor, el destinatario, el mensaje transmitido y el contexto en el que se encuentran reflejan hasta qué punto, aun con las salvedades obvias de cada particular sistema, el análisis de las antiguas escrituras responde y desvela aspectos del pasado que, en definitiva, contribuyen al conocimiento de los orígenes de la civilización occidental.

ANTONIO CASTILLO GÓMEZ,
Historia mínima del libro y la lectura,
 Madrid: Siete Mares, 2004.

por
 VERÓNICA SIERRA BLAS
Universidad de Alcalá

UN PEQUEÑO VIAJE AL GRAN
 MUNDO DE LOS LIBROS

Frente a la tendencia de construir una historia global existe la posibilidad de seleccionar, reflexionar e incidir en aquellos aspectos que han caracterizado o caracterizan una época, un acontecimiento determinado, un proceso o un concepto. Esta es la opción que en esta ocasión ha elegido Antonio Castillo Gómez al ofrecerle al público esta *Historia mínima del libro y la lectura*. Una historia mínima no tanto en el sentido de una historia resumida, breve o reducida (y menos aún incompleta), sino más bien como «un vuelo rasante sobre algunos de los problemas nucleares, atendiendo a las etapas más significativas y a las transformaciones de mayor calado en el histórico devenir del libro y la lectura», tal y como él mismo afirma en su presentación. Después de la *Historia de la lectura en el mundo occidental*, dirigida por Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (Taurus, 1998), y de *Una historia de la lectura* del escritor Alberto Manguel (Alianza Editorial, 1998); la obra de Antonio Castillo Gómez viene a cubrir precisamente ese camino intermedio que siempre queda entre lo científico y lo literario, entre el lector erudito y el amante de la literatura. Sin embargo, todas ellas, aunque con orientaciones y lenguajes tan diversos, coinciden

en articular el discurso sobre un mismo eje vertebrador: la concepción de la historia del libro y de la lectura, y por lo tanto de la historia de los lectores, como una historia común.

Desde el antiguo Egipto, la Grecia clásica, la Roma imperial, pasando por la Edad Media y la Moderna, y concluyendo en la Historia más reciente, los siglos XIX y XX, sin descuidar la encrucijada del libro y la lectura en la llamada «sociedad informatizada», el autor propone un magnífico viaje entre libros, lectores y modalidades de lectura que se van sucediendo, extinguiendo o repitiendo a lo largo del tiempo. La relación entre las funciones que en cada uno de estos momentos históricos se le conceden al texto escrito —mágica, simbólica, religiosa, política, como reivindicación social o simplemente como una forma más de ocio— y los usos e interpretaciones que hacen de dichos productos quienes los emplean, los leen o poseen, está siempre presente a lo largo de la obra. De la misma manera, es una constante en estas páginas la estrecha unión que se establece entre la materialidad de los productos —primero la arcilla, después el rollo, luego el códice y posteriormente las distintas modificaciones de tamaño y estructura que éste experimenta hasta la llegada del ordenador—, las diferentes formas de lectura —lectura en comunidad, lectura solitaria, lectura en alta voz o lectura en silencio— y el tipo de lectores que acceden a cada uno de los libros, siendo la dicotomía fundamental aquella que se establece

entre el lector culto y el lector popular. Dioses, reyes y emperadores, monjes, eruditos, nobles, burgueses, campesinos, obreros, mujeres y niños, todos ellos empeñados en la lectura, son presentados al lector, junto a los libros mismos, como protagonistas de esta historia, insertos cada uno en el mundo en que les tocó vivir, con sus entresijos políticos, económicos, culturales, sociales y religiosos. Porque si hay algo en lo que el autor incide a lo largo de la obra es precisamente que la historia de los libros (y de sus lectores) nunca debe aislarse del contexto histórico en el que éstos son producidos, utilizados, conservados, destruidos o prohibidos.

Una *Historia mínima*, en fin, que además de su rigor científico y la buena prosa con la que ha sido compuesta, no

sólo podrá ser empleada como un instrumento didáctico del que hasta ahora se carecía en el mundo universitario, gracias sobre todo al esfuerzo sintético del autor y a la selección de ilustraciones y textos que acompañan la obra; sino que además constituirá una narración apasionante y sin duda entretenida para todos aquellos que sientan curiosidad por el mundo de los libros y de la lectura. Si es cierto que no somos más que cuanto leemos y que los libros son la proyección y el testimonio de la vida de sus lectores (de un grupo, de una sociedad, de un país), catalizadores del recuerdo y transmisores de la memoria, acercarse a las páginas de esta *Historia mínima* nos descubrirá también en parte nuestra propia historia, quiénes fuimos y quiénes somos, y fundamentalmente, a dónde nos dirigimos.

La conquista del alfabeto. Escritura y clases populares,
coord. ANTONIO CASTILLO GÓMEZ, Gijón: Trea, 2002.

por
FABIO CAFFARENA
Università degli Studi di Genova

GENTE COMÚN Y ESCRITURA:
UNA MIRADA «DESDE ABAJO»

La escritura es actualmente una práctica de masas que ha entrado a formar parte de la cotidianeidad, pero su difusión es fruto de un largo y costoso proceso de apropiación popular. Para muchos individuos, aparentemente anónimos de la historia, empuñar con suficiente destreza un lápiz o un bolígrafo para fijar la propia voz en una hoja de papel ha representado, en efecto, una experiencia enormemente fatigosa; un esfuerzo mental y manual hoy casi incomprendible, que, no obstante, ha quedado registrado en los numerosos y frágiles testimonios autógrafos de la gente común que todavía se pueden encontrar y analizar.

Así de la *mano al archivo* —por emplear la eficaz expresión de Antonio Castillo Gómez— se cumple idealmente la laboriosa y a menudo precaria afirmación de la escritura a nivel popular, siguiendo un itinerario y unas etapas que son el objeto del reciente volumen *La conquista del alfabeto. Escritura y clases populares*, con el que se cierra la publicación de los trabajos presentados en el «V Congreso Internacional de Historia de la Cultura Escrita» (Universidad de Alcalá, 1999), dedicado a la relación entre la escritura y las clases subalternas.¹

Debe suponerse que la *mano* sea la inexperta e incierta de tantos *scriventi di confine*, situados al borde del analfabetismo e inmersos casi exclusivamente en la oralidad, que no renuncian ni a representarse ni a dejar huella de sí. El *archivo*, por su parte, se puede entender como el destino último y a veces casual de estas escrituras: diarios, memorias, autobiografías y epistolarios que han resistido al olvido, a la dispersión y a la destrucción a fin de convertirse en preciosos objetos de estudio para historiadores, antropólogos, sociólogos y lingüistas.

A partir de la Edad Moderna la organización burocrática del poder impuso la difusión, en ciertos aspectos forzada, de la escritura, de tal modo que los individuos de clase subalterna debieron adaptarse a ello para formular peticiones, reivindicaciones o simplemente para atestiguar su propia existencia. Sin embargo, mediante la *conquista del alfabeto* y la apropiación de la *tecnología escrita* la gente común trató, sobre todo, de contener la despersonalización acarreada por la modernidad y de reaccionar ante los grandes acontecimientos disgregadores de masas, como la emigración y las guerras, que a partir de finales del siglo XIX fueron minando los lazos familiares y sociales. Tales dinámicas son amplia y profusamente consideradas por los diferentes autores de los trabajos reunidos en este volumen, quienes iluminan directamente a los desconocidos protagonistas de dichos eventos, retratados en sus penosas histo-

¹ Otra parte de dichos trabajos puede verse en *Cultura escrita y clases subalternas: una mirada española*, ed. Antonio Castillo Gómez, Oartzun: Sendoa, 2001.

rias de vida e inmortalizados en unos textos que permiten reconstruir la importante conquista popular de la escritura y representan tantas pequeñas teselas de un complicado mosaico.

Por ello, el hilo conductor de la obra en vez de *hablar* de las escrituras de los incultos en abstracto, pretende *hacer hablar* directamente a los escribientes a través de sus testimonios; proporcionar, en suma, instantáneas de vida y fragmentos de experiencias reales. Además este trabajo se presenta como una obra de amplio respiro metodológico sobre las llamadas *fuentes de la subjetividad* y como un profundo reconocimiento de las cuestiones inherentes a las formas, tiempos y modalidades de apropiación de la comunicación escrita por parte de las clases populares. En tal sentido, la primera parte del volumen, *Escritura, escribientes y escritores*, presenta un ensayo de encuadramiento general de James S. Amelang sobre las clases subalternas y la escritura en la Europa moderna; mientras que la contribución de Antonio Castillo Gómez se ocupa de algunos de los nudos gordianos que animan el debate científico, a la vez que llama la atención sobre el concepto de clase social como marca imprescindible para precisar los confines, intencionadamente cada día más difuminados, de las escrituras populares, atribuibles en esta óptica a los escribientes de la clase social medio-baja formada por campesinos, pequeños artesanos y trabajadores.

El *acceso a la escritura* es el tema de la segunda parte del volumen, examinado en la colaboración de Marina Roggero centrada en la *conquista del alfabeto* por los grupos populares en la Italia del Antiguo Régimen; así como en el trabajo de Francisco de Luis Martín sobre las modalidades de alfabetización y las prác-

ticas de escritura de los obreros socialistas españoles entre 1879 y 1936. En el caso de estos trabajadores, apoderarse de la cultura escrita entrañaba sobre todo adquirir conciencia de una identidad de clase en la que reconocerse, dado que, en efecto, puede establecerse un vínculo generalmente válido entre la escritura, en particular la autobiográfica, y la autopercepción subjetiva y colectiva. Esta relación se pone de relieve en la tercera parte de la obra, donde la configuración de la identidad privada es estudiada por María Luz Mandingorra LLavata a través de los libros de memorias bajomedievales; en tanto que Manuel Alberca se ocupa especialmente de los diarios de los adolescentes de hoy, entendidos como predilectos *lugares* de escritura donde encontrar indicios de identidad, cultivados casi en gestación en el particular *tiempo* de la vida que supone la adolescencia.

Así mismo el tema de la identidad y su preservación se relaciona estrechamente con los modernos procesos de masificación: masificación de las actividades industriales y del consumo, pero también de los fenómenos sociales y, trágicamente, de la muerte. Conforme ya he apuntado, entre los siglos XIX y XX los desplazamientos migratorios comenzaron a modificar las habituales relaciones interpersonales y las tradicionales dinámicas familiares; en tanto que pocos decenios después, en los frentes de la Gran Guerra, millones de hombres conocieron experiencias de vida tan altamente desestabilizadoras y traumáticas que a menudo resultan prácticamente indescriptibles. Tales eventos supusieron verdaderas *fábricas de escritura*, analizadas en la cuarta parte del volumen recurriendo a la notable producción escrita de la gente común. Los testimonios epistolares, dia-

rísticos y autobiográficos de los emigrantes y de los soldados son las privilegiadas fuentes que Antonio Gibelli emplea en su ensayo para demostrar cómo entre los siglos XIX y XX la escritura asumió las características de una práctica de masas expresada como amplia *necesidad*. Mientras que en lo que afecta a la emigración es prácticamente imposible determinar la mole de cartas que cruzaron el Océano; para la primera guerra mundial disponemos de estimaciones bastante detalladas y válidas sobre la circulación postal en los distintos países implicados en el conflicto: miles de millones (cuatro mil millones las calculadas para Italia entre 1915 y 1918) de cartas enviadas y recibidas por los combatientes en el frente, ansiosos de poder dar señales de vida a la familia y de tener noticias de casa. Respecto a esto, en su estudio sobre la correspondencia de los soldados franceses, Martyn Lyons habla acertadamente de la bulimia epistolar de la Gran Guerra y de una suerte de diluvio de cartas prácticamente incontrolable que de facto hacía vano cada control de la censura.

La hipertrofia de la escritura popular, apreciable con ocasión de acontecimientos particularmente disgregadores, sea desde el punto de vista íntimo, familiar o social, alienta además una reflexión sobre las concretas modalidades de aculturación que se dieron entre la gente común, que no parecen estar directamente relacionadas con las tasas oficiales de escolarización. Entre la plena competencia de escritura y el analfabetismo total ha de valorarse la existencia de una amplia franja de precarias habilidades alfabéticas y de imprecisos confines donde a menudo se insinúan los códigos comunicativos de la oralidad. Como sostiene Miguel Ángel Vargas García, en su estudio sobre los intercam-

bios epistolares entre trabajadores mexicanos emigrados a los Estados Unidos y sus respectivas familias desde 1981 a 1991, el análisis de la prácticas de escritura constituye una vía para estudiar los fenómenos sociales, a menudo dotados de características extremadamente complejas e intrincadas. La quinta y última parte del libro trata aspectos más específicos de los usos quirográficos y comprende los estudios de Rita Marquilhas sobre las escrituras administrativas y burocráticas, consideradas especialmente a través del caso de la Inquisición portuguesa entre 1536 y 1826; y de Judith Kalman sobre la figura del escribano público como mediador de la cultura escrita para las clases populares. En suma, las contribuciones recogidas en este volumen proporcionan una mirada panorámica *desde abajo y desde dentro* sobre las principales cuestiones ligada a los procesos de difusión de la escritura en el ámbito popular; una mirada sobre el particular punto de observación que suponen los testimonios escritos de la gente común. Un abanico de estudios de caso cuyo conjunto esclarece aspectos singulares de la relación entre la escritura y las clases populares dejando ver las tonalidades y particularidades de esta compleja partida, fatigosamente jugada en el tiempo largo de la historia.

Por último es oportuno señalar que el texto resulta también un útil y práctico instrumento de trabajo por cuanto, en el apéndice elaborado por Antonio Castillo Gómez y Verónica Sierra Blas, se incluye un actualizado repertorio bibliográfico de obras generales y ediciones de textos, además de un detallado elenco internacional de los archivos y grupos de investigación empeñados en la recuperación, conservación y estudio de las fuentes de la gente común.

ANA MARTÍNEZ RUS,
La política del libro durante la Segunda República: socialización de la lectura,
 Gijón: Trea, 2003

por
 GENARO LUIS GARCÍA LÓPEZ
Universidad de Salamanca

Uno de los muchos problemas que presenta el estudio de la historia de la lectura en España es que es reflejo de iniciativas fragmentadas realizadas por historiadores de la educación, bibliotecarios, sociólogos, profesores de escuelas y facultades de biblioteconomía y documentación o por historiadores «generalistas». No es éste el caso de *La política del libro durante la Segunda República: socialización de la lectura* que, aunque es la publicación de la tesis doctoral de la autora, que ha elaborado desde finales de los años noventa en el Departamento de Historia Contemporánea de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, es un estudio que se ha desarrollado en relación con los proyectos de investigación llevados a cabo en aquel Departamento sobre historia de la edición y la lectura y que ha producido obras tan interesantes como la *Historia de la edición en España 1836-1936* dirigida por el profesor Jesús A. Martínez Martín.

Merece especial elogio ocuparse de la II República, un sistema político democrático, constitucional, ilustrado y reformista. La tergiversación y la demonización interesada y ficticia de los 40 años de dictadura y el olvido de los 25 años de democracia habían echado mucha tierra sobre aquella etapa intensa y creativa. El olvido de las víctimas y la exaltación de los criminales ha llevado a efectos tan per-

versos como que el Ministerio de Educación y Cultura (a pesar de las tremendas carencias que existen en investigación, con muchos archivos públicos mal descritos y peor organizados) se dedique a financiar organizaciones que hacen apología del para-fascismo como la Fundación Francisco Franco. Parece que va siendo hora de que, y no sólo los historiadores que lo llevan haciendo con profesionalidad desde hace muchos años, al igual que la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, desenterramos nuestro pasado y nos quitemos la venda que la Transición puso en todos nosotros.

Los gestores de la II República impulsaron la «escuela laica, pública y gratuita», así como la «culturización popular» (p. 22), empeño que a los políticos comprometidos con las reformas les costó el exilio o la muerte. Recordar esos objetivos (en parte conseguidos) es un bálsamo para los oídos, un colirio para unos ojos acostumbrados a que el *sótem* «calidad» lo domine todo, un vocablo hipnotizador que crea un decorado de cartón piedra para esconder la ineptitud, el autoritarismo y la neo-catolicización de la política educativa y cultural en la España de comienzos del siglo XXI.

Junto a la República nacieron el Patronato de Misiones Pedagógicas y la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros para las bibliotecas públicas. En 1934 se creó una Biblioteca-Depósito en Alcalá de Henares con el objetivo de facilitar el intercambio de volúmenes entre

bibliotecas y garantizar el acceso al libro a las clases populares. ¡Cuán diferente era todo aquello en comparación con los almacenes —más que bibliotecas— creados en el siglo XIX para recoger los fondos de las comunidades religiosas suprimidas! En general durante todo el periodo se incrementaron los recursos presupuestarios para las bibliotecas y se llevó a cabo una política bibliotecaria decidida y con objetivos muy claros.

Existió un gran interés hacia el impreso; por primera vez en la historia de España el libro llegó a pequeñas poblaciones de manera efectiva. Véase al respecto las impresiones recogidas por el bibliotecario Juan Vicéns de la Llave que, desde París y en defensa de los valores republicanos, publicó *L'Espagne vivante. Le peuple à la conquête de la culture* en 1938. Frente al grito filo-fascista (Viva España), hueco, huero y lleno de retórica nacionalista y de integrismo religioso, la proclama republicana de una España Viva, interesada en solucionar problemas económicos, sociales, educativos y culturales que marcó la actuación de la mayoría de los intelectuales y políticos comprometidos con la República.

Las reformas republicanas y las bibliotecas (cuya potenciación era parte de la reforma educativa y cultural) estaban muy unidas en aquellos años de ilusión, grandes cambios y grandes éxitos. Y eso, un éxito, estuvo a punto de ser la política republicana, pues recordemos que el fracaso no se debió a los demócratas sino a un grupo de militares rebeldes, que consiguieron unir a una jerarquía eclesiástica reaccionaria y defensora de sus privilegios, con fuerzas socio-económicas reaccionarias social y políticamente, que recibieron un fuerte apoyo de las potencias fascistas de la época. El impulso era tan fuerte que,

incluso en la guerra, continuó la labor de fomento bibliotecario.

Cabe preguntarse qué queda de aquello. Todo y nada. Todo porque aquella ilusión debe ser el objetivo de cualquier sociedad democrática, regida por un estado de derecho y nada porque los 40 años de tergiversación y los 25 de olvido siguen pesando como una losa.

Como decimos, si fracasó (o lo fracasaron, si se me permite la expresión) el proyecto cultural de la República fue por causas exógenas (políticos reaccionarios, conspiraciones internas y externas, golpe de Estado de julio de 1936, apoyo de las potencias fascistas, abandono de las democracias occidentales...), mientras que ahora vemos «desfilan» planes y programas de alfabetización digital que sin recursos y con poca voluntad fracasan (seguimos en los últimos lugares en las estadísticas comunitarias) porque en sus propios orígenes parecen más campañas de publicidad que políticas con contenidos.

Afirma la autora que «El libro se socializó gracias a la extensión de las bibliotecas públicas, sobre todo en las zonas agrarias» (p. 24), lo que demuestra cómo en los años treinta (gracias al impulso de los partidos comprometidos con las reformas republicanas) cristaliza la biblioteca auténticamente pública frente a las bibliotecas público-provinciales (que tuvieron su origen en la desamortización decimonónica) y las bibliotecas populares (con momentos álgidos, pero de escasa continuidad, como el Sexenio Revolucionario).

Hemos de señalar que la biblioteca, el libro, no es neutro, sino que es un instrumento de poder, de dominación, de conformación de ideologías y sensibilidades, y así lo utilizaron los políticos republicanos. Pero reconocer eso no nos debe hacer olvidar las tremendas diferencias

que existían antes, con la monarquía alfonsina (escaso interés por el desarrollo de la lectura pública y menos por facilitar el acceso a las clases más desfavorecidas), y después con la dictadura (censura, purgas, quema de libros, cierre de bibliotecas...). Así la cultura y el acceso de las clases populares al libro era más sello de identidad de los partidos comprometidos con los valores republicanos (generalmente de centro e izquierda) que de los de derecha; observándose cómo ponían obstáculos al normal desarrollo bibliotecario algunas autoridades (especialmente alcaldes) de esos partidos cuando accedieron al poder, especialmente entre 1934 y 1936.

Redactada en un estilo ágil y suelto, de agradable lectura (a pesar de abundar los párrafos largos) que denota un elevado grado de maduración, la obra de la doctora Martínez Rus muestra un trabajo bien elaborado. No en vano el tribunal que juzgó su tesis, formado por cinco catedráticos, españoles y franceses de reconocido prestigio en su área, expertos en historia y documentación, le otorgaron la calificación más alta.

La obra se puede dividir en dos grandes apartados, uno en el que se trata la política bibliotecaria centrada en los años 30 y otro en el que se estudia la política de editores y libreros, que abarca todo el primer tercio del siglo. La explicación de esa diferenciación temporal responde a que debido al desarrollo económico del

país, desde finales del siglo XIX la edición es una industria en auge, mientras que la política (acción de los poderes públicos) bibliotecaria es obra fundamentalmente de los gestores republicanos que comienzan a «estar a la altura» de una sociedad en un proceso profundo de modernización. En relación con este segundo gran apartado es evidente que el título se queda corto. Incluso el capítulo IV dedicado al Instituto del Libro Español (1935-1936) trata un periodo mucho más amplio cronológicamente, centrándose en el peso de la industria editorial española en Hispanoamérica desde antes de 1931. A pesar de ello el título es acertado (así como el subtítulo) pues resume perfectamente el estado de maduración al que se había llegado en la España de los años 30 del siglo pasado.

Los errores o erratas son escasos, por ejemplo en la página 337 al Sindicato Exportador del Libro Español —SELE— creado en 1930 se le llama Sindicato Español del Libro Español. La referencia de la variedad y amplitud de fuentes consultadas (varios archivos en Madrid y Barcelona), los apéndices documentales y las reproducciones fotográficas completan las 543 páginas de la obra. Sin embargo, no podemos dejar de señalar la inexactitud que supone diferenciar las fuentes secundarias entre «Bibliografía» y «Artículos», una cuestión menor que en nada desmerece esta magnífica obra.

JUAN PIMENTEL,
Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración,
 Madrid: Marcial Pons Historia, 2003.

por

ENRIQUE VILLALBA
Universidad Carlos III de Madrid

No es fácil, en tiempos de lecturas extensivas —cuando no simplemente apresuradas—, encontrar lectores tan sagaces y avezados como Juan Pimentel. De ello dan testimonio sus trabajos y sus certeras reseñas.

Es, si tomamos el símil de Michel de Certeau, un nómada incansable, un viajero —como los que habitan las páginas de este libro— aventurado por los textos, desde los clásicos a la literatura de viajes europea, pasando por variados testimonios de la época y una extensa bibliografía académica de distintas filiaciones (en la que sobresale su extraordinario conocimiento de aportaciones anglosajonas, no muy manejadas en nuestro país).

Como lector, ha entablado una muy fecunda conversación entre ciencia, literatura e Ilustración, llevándola por los derroteros extremos de los viajes. Sólo así comienza a abordar esos testimonios, esas construcciones del mundo que nos ofrecen algunos viajeros del Setecientos.

Cuando deja el nomadismo lector y ha de ponerse a cultivar los campos de la escritura, lo hace con idéntica finura y brillantez, pero también con ánimo y entusiasmo de científico aventurero. Y lo hace con honestidad, siguiendo coherentemente el camino —es decir, el *método*—, histórico y narrativo escogido.

Pimentel, en efecto, tiene un con-

cepto propio de la Historia, consecuente con una perspectiva humanista y una mirada nueva, que podemos encontrar en otros trabajos suyos. Así, «hoy día la Ilustración se nos revela no como el origen de la modernidad, sino como su producto historiográfico más logrado [...]. La objetividad, la creencia en que la verdad se impone por sí misma desde atrás hacia delante en el tiempo, y desde el centro a la periferia en el espacio, la universalidad del método, o lo indefectible del progreso son, bien mirados, no tanto las causas de la Ilustración, sino sus productos ideológicos más depurados»¹.

Reconoce el autor la influencia del constructivismo, de la sociología del conocimiento y de los estudios sociales y culturales de la ciencia en sus investigaciones y trabajos, pero también una cierta libertad a la hora de seguir teorías y métodos. El espíritu crítico que huye siempre de los tópicos aceptados, el recurso a los clásicos y a la literatura, hacen a esta obra de gran utilidad para el lector que busca renovar enfoques y alejarse de las construcciones aceptadas.

Pimentel cree que leer el mundo no es otra cosa que escribirlo, que narrarlo, dibujarlo... Nos cuenta cómo lo hicieron sus protagonistas, los viajeros del XVIII, pero lo hace levantando él mismo el edificio de su propia interpretación sobre el plano de sus lecturas, sobre la planta de su cimentación teórica, de su viaje intelectual. Y esa construcción escrita es fiel a esos

¹ Juan Pimentel, «Artesanía y arquitectura de la ciencia moderna», *Revista de Libros*, 48 (diciembre 2000), p. 22.

planteamientos, que se trasladan incluso al estilo narrativo, crítico, personal, apasionado a veces, atractivo pero siempre riguroso y preciso.

Convencido de que es obligación de cualquier estudioso interesado por la dialéctica de la Ilustración repensar los artefactos culturales de la ciencia y la escritura, consigue arrastrarnos en esa nueva formulación, hacernos seguir sus preguntas a través de esta sugerente narración.

El autor es uno de los más destacados especialistas tanto en las cuestiones de viajes y viajeros y sus relatos y literatura, cuanto en el análisis de diversos asuntos relacionados con la ciencia en la Ilustración. El cruce de ambas temáticas, las construcciones ideológicas e historiográficas de ellas derivadas, constituyen el eje de este trabajo. La estructura del libro nos da idea de su riqueza pero no de la profundidad y finura de análisis alcanzado en sus capítulos, organizados en tres partes.

En la primera, *Viajes, experimentos y metáforas*, Pimentel plantea el problema de la verosimilitud y la credibilidad de los testimonios de esos «viajeros, poetas y ladrones». Nos enfrenta a la verdad de la ciencia y sus certezas, a «cómo funcionaban los códigos de veracidad y los flujos de autoridad» en cada época y sociedad, al contraponernos, por ejemplo, el «doble descubrimiento de Australia» de Quirós y Cook. De igual modo, nos presenta la búsqueda del Paso del Noroeste, mito geográfico clave en las exploraciones del Nuevo Mundo, entre la leyenda y la necesidad.

Pero esa mirada aguda, profunda, lógica, científica, implacable en ocasiones, tiene el valor añadido de que vemos reflejada en ella el brillo de la aventura, el destello del sol sobre mares, costas o páginas desconocidas.

Lugares del teatro natural, la segunda parte, contrapone dos acercamientos al

conocimiento de la naturaleza, la construcción de dos tipos de escenarios (pero ambos, al fin y al cabo, representaciones): por un lado, el coleccionismo, los gabinetes de maravillas, ocupándose especialmente del de Franco Dávila; y por otra parte, la gesta, lo sublime, en el escenario geográfico mismo, con el ejemplo de la ascensión de Humboldt al Chimborazo.

Por último, reúne en la tercera parte más explícitas referencias a *Escrituras y lecturas*. Las recorre en tres capítulos que dedica a las colecciones de viajes como género de la Ilustración; Defoe, Robinson y la escritura de la vida; y a Bernardin de Saint-Pierre novelando la naturaleza.

Es ésta, en fin, una obra largamente preparada, muy deliberada, cuidadosa y afanosamente escrita. Y se nota. Basten como ejemplo del tono y de las intenciones del trabajo estas palabras introductorias del autor: «En este libro se cuenta la historia de cómo un continente dejó de existir y cómo un estrecho imaginario hubo de realizarse. Entre los personajes tratados hay un coleccionista criollo, un sabio prusiano y un ingeniero que acabó siendo novelista. Figuran navegantes y escritores variados: hidrógrafos, botánicos, polígrafos y hasta algún alquimista, [...] hemos debido movernos desde la costa Noroeste de América hasta el Océano Índico y desde París hasta Australia. Cronológicamente, alrededor de un siglo XVIII bastante largo con frecuentes incursiones hacia épocas posteriores y, sobre todo, anteriores».

Libro, pues, de los que abre camino, pero sobre la base sólida de reflexiones y concepciones que el autor ha venido madurando y con las que se ha ido convirtiendo en experto guía para quienes nos aventuramos a viajar intelectualmente por estos derroteros.

VERÓNICA SIERRA BLAS,
*Aprender a escribir cartas. Los manuales epistolares
 en la España contemporánea (1927-1945),*

Gijón: Trea, 2003.

por

VANESSA DE CRUZ
Universidad Carlos III de Madrid

GRAN MANUAL SOBRE
 MANUALES

A pesar de que la carta se ha convertido, desde 1990, en uno de los principales objetos de las investigaciones desarrolladas desde la Historia de la Cultura Escrita y la Historia Cultural, pocas son las monografías que en nuestro país se han centrado en este fenómeno histórico y práctica social. Igualmente, los famosos manuales y formularios epistolares han parecido pasar casi desapercibidos para los investigadores, a pesar de la importancia que éstos han adquirido desde la Edad Moderna.

Sin embargo, recientemente podemos encontrar en librerías y bibliotecas, de la mano de Trea, *Aprender a escribir cartas. Los manuales epistolares en la España contemporánea (1927-1945)*, primera obra de Verónica Sierra Blas y primera monografía española preocupada por esta temática, siguiendo la corriente ya inaugurada en Francia o Italia¹.

La autora sitúa su investigación, cro-

nológicamente en uno de los momentos más convulsos de la reciente historia de España, en un juego entre la norma y la práctica, entre la producción editorial de estos manuales, los modelos epistolares y su recepción, para así ahondar en esas «charterianas» maneras de leer. De esta forma, este gran manual sobre manuales se materializa en tres grandes apartados: «Producción y difusión», «La retórica epistolar» y «Los modelos: género, usos y funciones de la carta».

En la primera parte, centrada en la creación y recepción de los manuales, se hace especial hincapié en la distinta tipología que caracterizó el momento. Es decir, se acude a las obras de carácter más general sin olvidar la especificidad de aquellas dedicadas a los niños y niñas y, fundamentalmente, los manuales para las «trincheras» dada la importancia que adquirió la comunicación escrita y el adoctrinamiento político de la escritura durante la Guerra Civil. Todo ello, desde una perspectiva, insisto, de la creación —los autores, las casas editoriales...— y la recepción, los lectores supuestos y los reales (hombres y mujeres, clases cultas y populares...) que consultaban o poseían estas obras.

¹ Para el caso francés sería obligatorio referirnos a la obra de Roger Chartier, *La correspondance. Les usages de la lettre au XIXe siècle*, París: Fayard, 1991; y Cécile Dauphin, «Prête-moi ta plume...» *Les manuels épistolaires au XIXe siècle*, París: Éditions Kimé, 2000. En Italia, Luisa Tasca, «La corrispondenza "per tutti". I manuali epistolari italiani tra Otto e Novecento», *Passato e presente. Revista di Storia Contemporanea*, XX, 55 (2002), pp. 139-158.

A continuación, se nos ilustra sobre la retórica epistolar característica de estos años, cómo se presentaba la norma de la escritura epistolar y cómo desde ésta se pretendía condicionar la utilización o lectura del manual. Los diferentes capítulos, siete en concreto, que componen este segundo gran apartado recorren los aspectos más materiales del ejercicio de componer la carta: su estructura y las partes en que se debe dividir el texto, los espacios en blanco, la letra, la importancia del destinatario y cómo éste condiciona el producto, los «materiales de buen gusto» (papel, tinta y sobre)...

Finalmente, encontramos una selección de los modelos de cartas más representativos de la época, que nos encamina hacia los usos y las funciones de este producto comunicativo, siempre teniendo en cuenta el factor género ya que éste condicionaba la escritura de la epístola. La

autora incide en la escritura en tiempos de la guerra —en la búsqueda de las famosas madrinas de soldados— pero también en las relaciones de cortesía —las felicitaciones y el pésame— y la correspondencia de la intimidad: el amor y desamor, la amistad y familiaridad.

En conclusión, la obra que nos presenta Verónica Sierra es un gran manual para estudiar ese acto tan cotidiano, hasta hace algunos años, de la escritura epistolar y para ello se ha nutrido de un gran repertorio de esos manuales que pretendieron regularizar la comunicación a través de la letra y el papel entre todo tipo de personas. Sin duda, su monografía, tan esperada, será obligada referencia para todos aquellos que pretendan acercarse a este mundo de los usos y prácticas de la escritura personal, privada o cotidiana y la comunicación en la España contemporánea.